

LOS MUNDOS SECRETOS DEL ESCRITOR INMÓVIL

El joven Luis Enrique Bustamante quería ser economista hasta que le sobrevino una parálisis que sólo le permite mover un dedo meñique. Con esa única habilidad se hizo un escritor. Publicó una novela y ahora prepara un libro de cuentos ¿Qué habría sido de él sin la literatura?

una crónica de **jeremías gamboa**
ilustración de **mario segovia guzmán**
fotografías de **la familia bustamante**



EL ESCRITOR

LUIS ENRIQUE



E Bustamante está sentado en su silla de ruedas, listo para la cotidiana tarea de desayunar con ayuda de un especialista. Es una mañana de fines de marzo en Arequipa, esa ciudad de iglesias y casonas de piedra blanca al sur del Perú, y en la mesa familiar hay una tortilla de huevos, un vaso con leche y otro con jugo de piña. En la madrugada, Bustamante se dejó bañar, lo que significa que despertó de buen humor. Horas más tarde, en el comedor, la enfermera conduce el brazo inmóvil de su paciente, del plato hasta el rostro, para que éste empiece a comer. Bustamante tiene veinticinco años y sufre una parálisis severa que le impide hacer nada por cuenta propia. Sin embargo, todos los días, acabado el desayuno, libra con lenta obsesión su oficio de dictar las historias que se han originado con toda libertad y movimiento en su mente. Para Bustamante, escribir es dictarle a otro lo que ha imaginado. Si tuviera que construir el inicio de este texto, por ejemplo, el esfuerzo le tomaría entre cuatro y cinco días de trabajo. Ahora él prepara un libro de cuentos, y nadie en su familia sabe cuándo terminará esta nueva aventura. Un año

antes, en el 2008, Bustamante publicó su primera novela, *HABLANDO CON UN ÁNGEL*, que le tomó dos años de trabajo, y que narra en clave de ficción la historia de lo que ocurrió con su cuerpo. A los veinte años, cuando él estudiaba Economía en una universidad de España, su cerebro se inflamó debido a un virus no identificado y él cayó en un estado de coma. Se durmió sin mayor explicación. Después de dos meses de permanecer en aquel estado de sueño, despertó. Su mente estaba intacta, pero él no podía moverse ni hablar. Tiempo después, al asumir que esa quietud sería su único futuro, decidió que quería contar su historia en un libro. Entonces, durante más de seiscientos días, a un ritmo de treinta palabras por jornada, y usando el único dedo sobre el que todavía tenía control (el meñique de la mano izquierda), se demostró a sí mismo que para escribir un libro no necesitaba ayuda de nadie.

Han pasado varios meses desde la publicación de su novela, y ahora el escritor Luis Enrique Bustamante trabaja todos los días en su nuevo libro. Ya ha dejado de usar el dedo meñique. Por eso, durante el día, acabada su jornada de escritura, él suele memorizar sus propias frases para dictárselas después a una persona entrenada en descifrar el timbre casi indistinguible de su voz. El sol de la ciudad ilumina frontalmente el patio de la casa donde él vive junto con sus padres y dos de sus tres hermanos. En el centro del gran tragaluz se yergue, frondoso, un enorme limonero. En la cocina, Bustamante termina de comer. Viste un pantalón deportivo plomo y un par de camisetas blancas —una corta y otra de mangas largas— que cubren su cuerpo largo y descarnado. Luce cómodo: su cuerpo está adherido a una silla de ruedas a través de varios cinturones; muchos cojines y almohadillas pretenden darle cierto confort a la vez que impiden que sus extremidades se encojan sobre sí mismas. Unas almohadillas atezadas a las palmas de sus manos evitan que sus dedos se cierren y formen un puño. Algunos tirantes atraviesan su torso y lo sujetan al espaldar de la silla para evitar que la gravedad lo arrastre al suelo. Metido en ese conjunto de dispositivos, Bustamante pasa un sorbo de leche y hace un gesto que parece de súplica: sus cejas se contraen y la boca se abre en un puchero que normalmente anunciaría un llanto. Pero sus ojos brillan. Podría tratarse de una sonrisa.

La enfermera dispone algunas almohadas sobre la cama y coloca el cuerpo de su paciente de una manera tal que Luis Enrique Bustamante parece reposar con cierta tranquilidad. Está recostado en una de las dos

camas que hay en la habitación. De noche, él duerme en una de ellas. De día se acuesta en la otra, que es la misma donde duerme su hermano gemelo, y allí pasa la mayor parte de la jornada, sometido a ejercicios de rehabilitación. La enfermera frota los músculos de los brazos y piernas de su paciente. Bustamante observa la cama vacía y luego la ventana que da al pasadizo de la casa. Es el mismo cuadro que debe de contemplar cuando se despierta todas las noches. Nadie sabe a ciencia cierta a qué hora de la madrugada abre los ojos. Entonces, cuando el resto de su familia duerme, él tiene que resignarse a estar solo. Esas primeras horas sin compañía ni asistencia son, según dice, las «peores del día». A las cuatro de la madrugada todo se compone: su enfermero del turno de la noche y un familiar —el hermano gemelo o el padre— lo tienden en la cama y «movilizan» sus articulaciones; así desentumecen su cuerpo agarrotado por las pocas horas de sueño que pudo conciliar, en general dos o tres. Con esos ejercicios el escritor siente que «despierta» de verdad. A las cinco de la mañana, cuando su cuerpo ha recuperado algo de flexibilidad, él se siente más despejado. Alguien se sienta a su lado y le lee una novela o un libro de cuentos. Por estos días terminará de escuchar *LAS TRAVESURAS DE LA NIÑA MALA*, de Mario Vargas Llosa. Bustamante escucha el relato con los ojos muy abiertos mientras le siguen «movilizando» las extremidades. Luego señala en qué punto del libro se debe detener la lectura.

Ha pasado media hora desde que la enfermera lo instaló en la cama y Bustamante ya se cansó de mirar el techo de la habitación. En una pose lograda, puede permanecer quieto durante dos horas; después, inevitablemente, su cuerpo le demanda otra posición y entonces él y la enfermera negocian un nuevo y delicado orden de almohadas. ¿Brazo izquierdo? ¿Pierna derecha? ¿Más arriba? La enfermera desplaza cuidadosamente el cuerpo de su paciente y coloca a los lados, debajo, entre los miembros, almohadas y cojines. Ahora el escritor ha pedido que lo coloquen boca abajo. De su garganta brota un rumor sordo y hueco en el que las palabras apenas se distinguen: la enfermera descifra la orden y separa las piernas del paciente. Si la posición es la correcta, el escritor puede estar boca abajo unos veinte minutos. Después pedirá un nuevo cambio. Moverse o no moverse, para él, es un asunto que dependerá siempre de lo que otras manos hagan con su cuerpo.

Una vez boca abajo, Bustamante le pide a la enfermera que lea en voz alta lo que lleva escrito del cuento «Feliciano y Lutgarda», en el que está trabajando. La enfermera coge un cuaderno en cuyas páginas se ve la sucesión de diferentes caligrafías y tintas de lapicero, y recita en voz alta: «Era un cholo blancón, dueño de una mirada acechante y adornada por unos ojos plumizos, nariz hercúlinea, frente ancha y poco pensante. Todas estas facciones iban enmarcadas en un rostro anguloso. Siempre andaba mal trajeado, despeinado...». Casi de inmediato, el escritor empieza a dictar: «varonil, casi hermético». Lo ha hecho de golpe, como si aquellos adjetivos fuesen el fruto de un impulso automático ante el estímulo del texto preliminar. Pero es probable que se trate de una frase a la que le ha dado vueltas durante la mañana, desde que se despertó, nadie sabe bien a qué hora.

La enfermera tiene problemas para descifrar la palabra «hermético»; entonces emplea un sistema que la familia creó en los tiempos en que Bustamante no podía hablar pero sí pestañear: La enfermera pregunta si la letra pertenece al primer o al segundo grupo del alfabeto (de la *a* a la *l*, el primero; de la *m* a la *z*, el segundo). Al primero, dice el escritor. Ella deletrea una por una las letras hasta que él le indica que la *h* es la letra que abre la palabra. Después, ella pregunta si la siguiente letra es vocal; él afirma. Cuando ha terminado de anotar las tres palabras, la mujer sigue con los masajes. Una hora más tarde, el paciente pide que le lean el cuaderno otra vez y entonces añade una frase: «Lutgarda iba al encuentro de él todos los días».

Es todo lo que escribirá el día de hoy.

Luis Enrique Bustamante había pasado un semestre demandante en la Universidad de Granada, España, y quería descansar visitando el Perú. Tenía veinte años. Durante su estadía en Arequipa, donde él se había criado de chico, se mostró muy activo. Los amigos y familiares que pasaron tiempo con él lo recuerdan ágil con la palabra, encantador, inteligente y determinado. Estuvo en las fiestas de aniversario de la ciudad y hasta montó un caballo alazán en uno de los actos centrales. Poco tiempo después, de regreso en España, empezó a sentir los primeros dolores en las articulaciones. También le sobrevinieron mareos y fiebres. Sus padres, que vivían con él en un pueblo rural de Granada, lo llevaron a un hospital del lugar. Los médicos explicaron que se trataba de un virus que quizá había contraído en el Perú, y que en una semana el propio organismo se encargaría de derrotarlo. Los días se cumplieron, pero los malestares persistían. El joven Bustamante se sentía peor. Lo internaron.

Los médicos no podían dar un diagnóstico claro; no entendían por qué el sistema inmunológico de ese joven paciente no respondía con propiedad a la presencia del virus. Bustamante, por entonces, sentía algo de miedo. En la novela que escribió después de recuperarse del coma, el protagonista se despide de su padre con el siguiente diálogo:

—Hasta mañana, papá.

—Buenas noches, hijo.

Una noche de noviembre en el hospital, sin embargo, el escritor Bustamante le dijo otra cosa a su padre: «Tengo miedo, papá, agárrame». El padre recuerda que calmó a su hijo y lo dejó dormido. Al día siguiente, al regresar al hospital, el muchacho había entrado en coma. Tiempo más tarde, un helicóptero trasladó el cuerpo inmóvil de ese estudiante al Hospital de Granada.

De aquellos días sobrevive un sentimiento de culpa que no ha dado tregua a los padres del escritor, y que se revela en muchos de los actos y gestos cotidianos de la familia. En casa de los Bustamante Pérez siempre se hace lo que el hijo enfermo quiere. Sin dudas ni murmuraciones. A veces él hace huelgas de hambre, corta toda comunicación con sus padres y entra en irreversibles estados de cólera y frustración. Una vez Luis Enrique y su hermano gemelo hasta planearon dejar la casa y empezar una vida aparte, lejos de la familia.

Ahora es una noche de marzo y los padres están sentados en la mesa del comedor; me cuentan esos pasajes difíciles quizá por los vasos de pisco y Coca-Cola que beben. Fuman bastante. Rosa Pérez, la madre del escritor, dice que perdió la noción del tiempo, del día y de la noche, aquellos días en que iba a ver a su hijo al hospital de Granada. Guardaba la esperanza secreta de verlo de pronto despertar, librado milagrosamente de la enfermedad. Por entonces, todos los miembros de la familia menos el padre, que mantenía su trabajo, lo dejaron todo para atender al muchacho dormido: velaban su sueño por turnos; le hablaban al oído; le rezaban abrazados unos a otros al lado de la cama; y, cuando estaban fuera de la sala de cuidados intensivos, le arrojaban piedrecitas a la ventana de la habitación para que él sintiera que ellos estaban con él. Cinco años después, esta noche de marzo, son casi las dos de la mañana y el hijo-escritor está en su habitación, seguramente dormido. En la sala, sus padres se miran a los ojos y se preguntan si acaso las cosas habrían sido distintas si es que ellos se hubieran atrevido a desconfiar de los médicos del hospital de Motril, el pueblo donde vivían en España. Podían haber cambiado a su hijo de hospital o presionado a los médicos en los momentos más críticos de la enfermedad. Pero no lo hicieron. Por eso se sienten culpables.

Tras una serie de pruebas, los médicos del Hospital de Granada llegaron a una conclusión sobre la enfermedad. La madre de Luis Enrique Bustamante me confesó cierta mañana, con lágrimas en los ojos, que su hijo sufría de lupus, una enfermedad reumatológica que, diagnosticada a tiempo, puede ser controlada con cierta eficacia. Rosa Pérez, como se llama ella, me pidió que no contara eso porque sus hijos no lo sabían. Pero sí lo sabían. Al enterarse de la tragedia, el hermano gemelo de Luis Enrique Bustamante, que estudiaba Derecho en Roma, dejó esa carrera y se matriculó en Medicina. Quería ayudar a la recuperación de su hermano. Una noche Luis Arturo, como se llama el gemelo sano, me explicó las características del lupus. Es una enfermedad de causas desconocidas. Al contraerla, las defensas de un paciente no reconocen ciertos componentes de las propias células del cuerpo. Entonces, al atacar a un virus, las defensas terminan destruyendo las células del propio organismo que deben defender. En el caso de Bustamante, sus defensas aniquilaron las células de su sistema nervioso central y provocaron la parálisis que lo aqueja. Pero ese «episodio debut» del lupus es muy extraño, según otros médicos que consulté. La posibilidad de diagnosticar un cuadro clínico como ése, aun en un hospital altamente especializado, es realmente remota. Durante los años posteriores al diagnóstico de la enfermedad, la familia Bustamante Pérez ha vivido en un ambiente ensombrecido por medias verdades, culpas falsas, rencillas y resentimientos. Todos hicieron cuanto pudieron.

El escritor Luis Enrique Bustamante mira las calles de Arequipa, mientras su padre lo conduce en una camioneta a una clínica de la ciudad. Es la una de la tarde, después del almuerzo, y en su rutina diaria, ahora siguen dos horas de trabajo físico: una de ejercicios que lo ayudarán a recuperar la voz, y otra de ejercicios contra su rigidez muscular. Bustamante observa todos los movimientos a su alrededor; detrás de él, en el asiento posterior, la enfermera del turno de la tarde coge su torso cada vez que el vehículo toma una curva. Todo funciona según la voluntad del escritor: él escogió el modelo de la camioneta negra 4x4; él ha señalado los días en que hará terapias de rehabilitación; él aprueba minuciosamente la ruta hacia la clínica. Antes de llegar a cada esquina, el padre anuncia la avenida que tomará y su hijo aprueba o niega. Si la ruta que éste decide es más larga o hay más tráfico en ella, no importa. El padre se limita siempre a obedecer a su hijo.

La unidad de rehabilitación física de la Clínica San Juan de Dios parece un jardín de infancia para gigantes: imágenes de personajes de dibujos animados, enormes pelotas de colores, colchones propios de un gimnasio. Y allí un grupo de adultos realiza actividades inusuales para su edad: gatean, ruedan sobre el piso, aprenden a caminar, flexionan las articulaciones. Luis Enrique Bustamante representa uno de los casos más severos. Ha perdido el noventa y cinco por



Arriba, los hermanos gemelos Luis Enrique y Luis Arturo Bustamante en la escuela. Abajo, el antes y el después de la enfermedad de Luis Enrique.



Cuando Luis Enrique Bustamante estudiaba Economía, cayó en estado de coma debido a un virus. Después de dos meses de permanecer así, despertó. Su mente estaba intacta, pero él no podía moverse ni hablar. Tiempo después, al asumir que esa quietud sería su único futuro, decidió contar su historia en un libro. Durante seiscientos días, usando el único dedo sobre el que todavía tenía control, se demostró a sí mismo que para escribir un libro no necesitaba ayuda de nadie

ciento de su capacidad de movimientos. Ahora está dentro de una pequeña sala que parece el camerino de un teatro de aficionados. Frente a él hay un espejo que refleja la imagen del masajista de turno, un muchacho de cabellos rizados y piel cetrina que frota tenazmente el rostro y el cuello del paciente. Se llama Gerson Cuadros y es un tecnólogo médico especialista en rehabilitar los músculos que permiten la fonación. Es decir, hablar. Mientras trabaja en la mandíbula de Bustamante, le explica a la enfermera cómo replicar los ejercicios en casa. El objetivo de la terapia, dice, es que el paciente recupere la voz y se comunique mejor con los demás. Para ello, primero es indispensable que pueda deglutir mejor; aunque antes tiene que aprender a pasar bien la saliva. En su libro de memorias *LA ESCAFANDRA Y LA MARIPOSA*, el escritor cuadrapléjico Jean-Dominique Bauby dice que sería el hombre más dichoso del mundo si al menos pudiera realizar la hazaña de tragar la saliva que a todas horas se acumula en su boca. Bustamante no puede controlar los músculos para tragar su propia saliva y ha solucionado ese problema moviendo el cuello y la cabeza como un ave que deglute una presa con desesperación. De pronto hace ese movimiento, mira por el espejo al masajista y parece sonreírle.

Luego de cuarenta y cinco minutos, Bustamante está echado sobre un colchón enorme, listo para el trabajo con otro terapeuta. Esta sala es mucho más amplia, de paredes verdes, y en una de ellas se puede leer, junto a una imagen de Mickey Mouse: «Hoy daré mi mejor esfuerzo». El terapeuta y su paciente se treznan sobre el colchón como dos contendores de lucha grecorromana en cámara lenta. Bustamante es mucho más alto y flaco que su terapeuta, un hombre pequeño y macizo que por momentos luce como un niño jugando con

un muñeco demasiado grande para su edad. El día anterior trabajaron los pulmones; hoy se dedican a los músculos del tórax: el terapeuta elimina una a una las contracturas musculares que el cuerpo de su paciente ha producido debido a la inercia y la tensión nerviosa, ataques de cólera incluidos. Lo arrodilla, lo coloca sobre una enorme pelota de color verde, lo estimula en las articulaciones. Mientras eso ocurre, en otro consultorio la doctora Ruth Vera, que coordina la rehabilitación de Bustamante, dice que lo único que los técnicos de la clínica pueden hacer por ese paciente es proporcionarle una terapia de mantenimiento que combata su síndrome de inmovilidad. Él no volverá a caminar.

En la sala, Bustamante ha terminado los ejercicios y ahora ejercita su voz: todos sus esfuerzos están concentrados en hacer audible y clara su pronunciación de la vocal *o*. Se concentra y emite el sonido con la mirada atenta en todo su auditorio: una amiga que lo acompaña esta tarde, la enfermera y un periodista. Lo que sale de su garganta es ese sonido sordo, apagado, que es difícil de describir y que parece sonar más a una *a* vacía. Entonces el terapeuta lo alienta: «Si tienes fuerza para escribir también debes tenerla para hablar». Bustamante lo mira fijamente y luego a nosotros e intenta otra vez. *O*.

Toda escritura encierra una forma de fe. Para Luis Enrique Bustamante ésta provino de sus deseos de superar su estado de parálisis física, de sanar. Después de ocho meses de rehabilitación en el Hospital de Granada, y ya de regreso en el pueblo de Motril, donde vivía, la idea de escribir un libro se apareció como una epifanía frente a un paisaje de la costa del sur de España. Aquel día su hermano mayor, José Bustamante, y él habían ido a ver el mar Mediterráneo a bordo de una camioneta. En un momento se detuvieron frente a un espacio alto y rocoso desde el cual se podían contemplar, a lo lejos, las montañas y el azul quieto del mar. José Bustamante recuerda que en un momento, ante ese paisaje, él le dijo a su hermano enfermo que de aquello podría sacar algunas ideas para las cartitas románticas que le escribía a su enamorada de tanto en tanto. Ambos se rieron. «Voy a escribir un libro», le dijo Luis Enrique desde su silla de ruedas.

—Fue un momento de mucha paz —recuerda ahora el escritor Luis Enrique Bustamante, recostado en su casa después de los ejercicios en la clínica. Ahora su hermano gemelo le sirve de intérprete.

La batalla de Bustamante con la computadora duró cerca de dos años. Un día pidió que pusieran delante de su cama una computadora portátil. Entonces, usando el dedo meñique de su mano izquierda, que por un problema de agarrotamiento había quedado en posición de garfio, escribió laboriosamente, día tras día, desafiando la inmovilidad, las dieciocho mil cuatrocientas palabras de su novela. Treinta palabras cada día. El trabajo le tomó veinte meses. Las primeras páginas las compuso en España, y tras una severa depresión escribió la segunda mitad de *HABLANDO CON UN ÁNGEL* en Lima y Arequipa, adonde la familia se mudó para poder costear el tratamiento del escritor. Contratar a tantas enfermeras y rehabilitadores habría sido imposible en Europa. En la novela hay pasajes estremecedores: en un momento, el muchacho inmóvil no puede alertar a un tío suyo de que la puerta del automóvil en el que van se ha abierto; él no lleva puesto el cinturón de seguridad y su torso se desplaza peligrosamente hacia la pista sin que él pueda hacer nada para evitarlo. En otro momento, el protagonista se reencuentra con quien había sido su enamorada mucho antes del accidente; al verse, ambos lloran desconsoladamente. Pero el protagonista lo hace en especial porque no puede levantarse de la cama para abrazar el cuerpo de la muchacha y consolarla. Tampoco puede decir nada cuando ella termine con la relación.

Durante todo el proceso que tardó la escritura de la novela, los tres hermanos Bustamante ocultaron el secreto literario a sus padres. Luis Enrique, el autor, quería sorprenderlos y darles el libro sin avisarles. El título, el diseño de la carátula, la composición de las páginas interiores y el arte final habían sido decididos completamente por Bustamante: él jamás aceptó sugerencias de nadie; ni los comentarios de un editor ni la revisión de un corrector de estilo. Como si hubiera deseado que su lucha individual mantuviera hasta el final su carácter individual.

Esta tarde, cada una de las frases que dice supone para él un gran esfuerzo. Le pregunto por qué, si en un momento ya había recuperado la voz, se mantuvo obstinado en el plan de escribir la novela con el dedo meñique de su mano atarida. «Es muy feo depender de

otra persona», responde. ¿Cuánto escribía bajo ese método? «Dos o tres líneas al día». ¿Memorizaba antes de escribir? «Sí. No me podía equivocar. La tecla de borrar es la que está más lejos del dedo meñique de mi mano izquierda». ¿Por qué ahora prefiere dictar sus historias y no las escribe como antes? «Porque son cuentos; aquello era una novela». Su voz es profundamente extraña. Su hermano gemelo dice que cuando Luis Enrique estaba sano su voz «era como la mía». «Cada vez que me escucho en una grabación me parece que oigo la voz de él».

El sol de Arequipa luce espléndido y esta mañana Luis Enrique Bustamante está vestido para ver a su abuelo, Francisco Segundo Bustamante. Él vive en un fundo en las afueras de la ciudad. El escritor viste pantalones, camisa de lino blanco y un sombrero de paja. Todos en la familia indican que su personalidad tenaz está profundamente ligada al perfil vertical del patriarca de la familia. Éste siempre fue un hombre cultivado en el campo, de valores rígidos y decisiones tajantes que acopió un patrimonio a partir de la colonización de tierras desérticas de Arequipa. El nieto está sentado en el sitio del copiloto, como de costumbre, pero esta vez no vigila los movimientos de su gemelo, que conduce el automóvil. Permanece absorto en la contemplación de la amplia campiña arequipeña: los animales que puntúan el pasto llano, las montañas erizadas al fondo, los altos árboles expuestos al sol.

El automóvil se interna en una chacra agobiada por un intenso olor a rebaño. La casa es dos pisos, construcción noble, y mira a un establo de vacas, cabras, patos. En una esquina hay un poderoso toro de pelea. Al llegar, a Luis Enrique Bustamante lo sientan en su silla de ruedas y ahora mira con atención a ese animal inmenso, que intenta trepar un muro de ladrillos, ansioso por liberarse de su yugo y embestir todo lo que se mueva. Tío Celso, hermano del padre del escritor, recuerda que una de las primeras cosas que su sobrino pidió al volver de España, después de su tragedia, fue ver a un toro parecido a éste. Aquel animal había sido criado por el abuelo a su nombre y fue sacrificado después de perder una pelea mortal. Luis Enrique no puede accionar su silla de ruedas ni pedir que lo hagan por él: cualquier movimiento sobre el suelo agreste podría tener consecuencias fatales.

El abuelo sale de la casa con pasos lentísimos. Lleva un enorme sombrero que lo protege del sol y que cubre una herida en la nariz y su rostro surcado de arrugas. El padre del escritor abre un portón enorme más allá del establo y la casa y detrás aparece una extensión estimable de cultivos. Calabazas, duraznos, cerezas y vastas extensiones de maíz. Ciertos días, el anciano pierde por completo la memoria y éste es uno de ellos. Ante cualquier pregunta repite la misma anécdota de sus años de trabajador en el ferrocarril. Al despedirse, él no logra reconocer a su nieto. «Un gusto conocerlo, joven», le dice. «Usted ya conoce el camino;

Una vez que la enfermera lo instala boca abajo, el escritor Luis Enrique Bustamante le pide que lea en voz alta lo que lleva escrito de su cuento. Ella coge un cuaderno con diferentes caligrafías y tintas de lapicero, y recita en voz alta: «Era un cholo blancón, dueño de una mirada acechante...». De inmediato, el escritor empieza a dictar: «varonil, casi hermético». Es probable que se trate de una frase a la que le ha dado vueltas durante la mañana, desde que se despertó

en cualquier momento puede venir a visitarme». El escritor no dice nada.

De regreso a casa, acaso motivado por la anquilosada memoria del abuelo, el padre de Luis Enrique Bustamante propone ir a un lugar que tiene mucho significado para ellos. Su hijo asiente. El Cural es el fundo de cinco mil metros cuadrados que su abuelo dejó como herencia a la familia y que el padre de Luis Enrique vendió en el 2004, cuando, junto a su esposa, pensó que toda la familia se instalaría definitivamente en España. Por aquellos días, nadie consideraba la posibilidad de volver a Arequipa y menos marcados por una historia tan fuerte. La mujer que cuida el sitio reconoce al antiguo propietario y les deja entrar. En las fotografías que guarda la familia este sitio parece un magnífico centro de diversiones (con cabañas) en el que los niños Bustamante disfrutaban jugando. Ahora el mismo lugar luce como la osamenta de un hotel abandonado y viciado por el hedor penetrante de los cerdos. Las cabañas que los Bustamante construyeron para recibir invitados y ciertos turistas están vacías. El jardín de la entrada, hecho rastrojos y atravesado por nuevos caminos de asfalto. El estanque de aguas claras sobre las que se veían botes de colores luce como un pozo de aguas estancadas. Luis Enrique Bustamante es conducido en su silla por su hermano gemelo y mira con distancia los mismos espacios en los que pasó su infancia y donde empezó a urdir sus sueños de adultez: Esperaba tener una vida dedicada a la administración de propiedades como ésta, ligadas al campo, el aire libre, los animales. Ahora se le ve impasible bajo el sombrero de paja mientras una ráfaga de moscas se cieñe sobre él y se ensaña con sus manos y su rostro. El sitio es la imagen nítida de un mundo que ya no le pertenece. El padre ha dejado de espantar las moscas y recorre los campos de El Cural. En un momento recuerda que no había vuelto a este sitio desde el día en que lo vendió. Después se le corta la voz.

Luis Enrique Bustamante, el escritor inmóvil, tenía un lugar al que le gustaba ir por su propia cuenta. Rosario, su hermana, me contó ese secreto que compartía con él. Se trataba de un sitio escondido al que él iba solo los días en que se levantaba de buen ánimo y tenía cierto control sobre los dedos de su mano. Entonces podía maniobrar una silla de ruedas a motor a la que ha bautizado como «KITT», en honor al vehículo protagonista de la serie de televisión EL AUTO FANTÁSTICO. Un día él le mostró el lugar a su hermana, y le contó que cuando podía se iba a ese rincón íntimo en busca de paz y también de inspiración. Solía quedarse allí durante diez o veinte minutos.

Esa silla motorizada suele estar a un lado del comedor, pero últimamente Luis Enrique Bustamante no ha estado en condiciones de usarla. La tarde de hoy, su hermana me lleva a ese lugar secreto. Para ello, recorreremos las casas de la urbanización hasta llegar a un terreno descampado que aún conserva los aires del campo, ese mundo perdido. Es un espacio abierto en el que parecen encontrarse dos corrientes de aire y en el que, según Rosario Bustamante, a veces se ven vacas pastando y, con algo de suerte, uno que otro toro. Unos altos eucaliptos y unos cerros bajos cortan el cielo despejado de Arequipa. El aire está impregnado del olor de la tierra.

Como todos sus parientes, al hablar de la enfermedad de su hermano, Rosario Bustamante se pone a llorar. Luego se tranquiliza y recupera la esperanza en el trabajo tenaz de su hermano. Confía en los libros que él escribirá y en que un día se pondrá mejor y acaso volverá a caminar. Ahora, en el cielo, todavía hay una luz lánguida y dorada que permite observar cómo en una zona de ese pequeño paisaje algunas máquinas de construcción han empezado a cavar donde irán los cimientos de lo que será un nuevo bloque de casas. Acaso una urbanización similar a La Encalada, donde viven los Bustamante. Ella mira por un rato los fierros ya desplegados frente a los nichos y deja que el viento golpee su rostro.

—No le vayas a decir nada a Enrique —me dice de pronto, advirtiendo el inminente fin de ese espacio secreto—. Enrique no ha venido a este lugar hace un mes.★